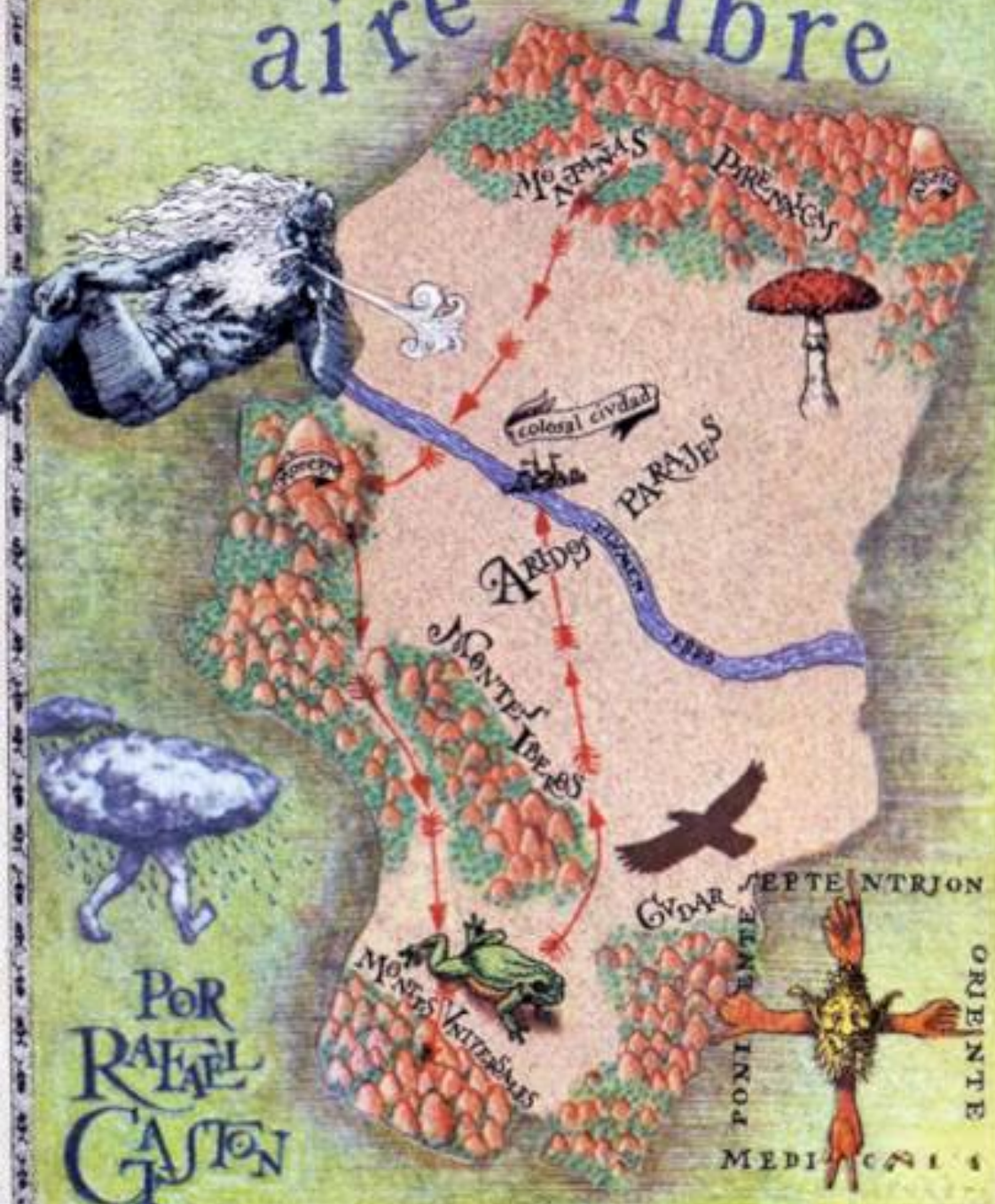


el Hombre del aire libre



EL HOMBRE DEL AIRE LIBRE

Que huyendo de la ciudad
en las selvas se internó
y merced a un enanillo
muchas cosas aprendió.
Lecciones de gran provecho,
peripecias colosales,
recomendables ejemplos
para todos los mortales.

Dedicado a Diógenes y a todos los que, como él, vivían en un tonel; al Gran Batracio Verde; a Manitú, dios de las praderas; a Mowgli; a Robin de Sherwood; a Panoramix; a Fideo de Mileto; al buen salvaje; a Robinson Crusoe; a Nemoroso; a Dersu Uzala; también al mísero infelice; al pato Donald; y a Don Quijote y su fiel escudero; a *Sir Percival*; a Silvestre Regadera; a la maga Urganda; a los vagabundos y su rey, Buster Keaton; a Huck Finn; a las ondinas de cabellos de algas; a la estrella polar; a las malas notas; a los poetas chinos y los jardineros japoneses; al doctor Livingstone, supongo; a Nosferatu, el vampiro enamorado y su colega Quasimodo; al liberal mecenazgo del Ayuntamiento; a Peter Pan; a Tarzán de los monos; a pastores, guardabosques, anacoretas, trovadores, niños y demás gente montaraz.

Pascual Campiño

CUANTO voy a narraros, no es un cuento de países lejanos ni una leyenda que se limite a divertirlos. Es un suceso imaginario que os puede hacer pensar, ya que su protagonista podéis serlo algún día cada uno de vosotros.

Si miráis a vuestro alrededor podréis ver cómo la gran ciudad crece a pasos desmesurados. Ya no quedan casi plazuelas en las que podáis inventar ingeniosos juegos. El trabajo rutinario, la televisión, la preocupación por el dinero, hacen perder a la gente el ingenio, la imaginación y el amor a la naturaleza.

El hombre, rey de la creación, se construyó un enorme palacio: la gran ciudad. Pues bien, ese palacio se ha convertido en un viejo castillo que amenaza ruina. Hoy ha llegado el momento de cambiar la manera de pensar; el hombre debe dejar de creerse el rey de la naturaleza, salir de su fortaleza urbana, pasear por los bosques, escuchar las leyendas que en ellos cuentan y aprender a vivir de una forma sencilla, admirando lo hermoso que hay en sus semejantes y en el entorno que le rodea.

Tenemos que hacer una ciudad lo más parecida posible a un bosque. Plantar en ella árboles, caminar sin prisa y sin rumbo fijo admirando la hermosura de las estrellas como lo hicieran los indios de las praderas, pasear en bicicleta en vez de utilizar trastos ruidosos, escuchar el canto de los pájaros en lugar de los aparatos de radio, sonreír por la mañana a nuestros vecinos y fabricar nuestros propios juguetes y utensilios.

En este libro se cuenta la historia de un hombre que recorre los bosques de Aragón, aprendiendo aquello que normalmente la ciudad desconoce: el amor a la naturaleza y la magia que encierra.

Desearía que este libro os enseñara tres cosas:

La primera de ellas es el conocimiento de los animales, las plantas, los fenómenos naturales, rocas, ríos y montañas que se encuentran en los bosques de Aragón. Pero esto no es suficiente, no basta con saber y conocer los elementos que componen el mundo según Paracelso (agua, tierra, cielo y fuego), puesto que han sido muchas veces descritos.

Por ello, en segundo lugar, quiero que aprendáis a conocer la quintaesencia que no suelen apreciar las gentes, el espíritu de la Naturaleza, la emoción que un hombre siente al admirar el mundo, las leyendas que crea su imaginación. Sentirse iluminado al observar una flor, una montaña, una misteriosa nube; tratar como hermanos a los pájaros, al viento y a los árboles tal como hacían los indios, sentir el mensaje de los astros y las aguas, recuperar el espíritu aventurero. En resumen, descubrir el corazón del bosque.

Y por fin, la tercera: Una vez conocida la Naturaleza hay que aprender a protegerla y respetarla. La civilización moderna la está deteriorando y debemos evitar esa destrucción para lograr ser más felices. Eso es lo que habéis oído nombrar como Ecología. El vivir mucho mejor en el futuro depende de vosotros.

No quiero deciros más. Leed estas aventuras pero intentad y ved si podéis tomar algún ejemplo del sabio viajero de los bosques, el hombre del aire libre cuando escribió sus andanzas.

CAPITULO I

Gemebundo y desconcertado, hallábame en la ciudad

OS voy a contar mi historia. Yo vivía en una ciudad muy grande y muy aburrida. Las callejas se difuminaban con el humo gris de las fábricas. Se veía el cielo muy lejos, muy arriba. La muchedumbre que transitaba la calle me llenaba de angustia. Todos tenían una mirada inexpresiva y se movían automáticamente como si hormigas fueran. Aburridos estudiantes, enfebrecidos hinchas de fútbol, ejecutivos vestidos de pingüino y mirones de televisión, iban y venían por entre los anuncios publicitarios que invitaban a comprar objetos inútiles a aquellas pobres gentes. Los niños se quedaban en sus casas puesto que en la calle el tráfico les impedía jugar.

Continuaba caminando por las aceras. No se veían músicos por las calles ni deshollinadores por los tejados. Tan solo mujeres con cara de loro, hablando de modas, gente preocupada por los exámenes o por cobrar el sueldo a fin de mes sin saber que de nada sirve la riqueza material si no va acompañada de riqueza de espíritu.

Vi la ciudad agobiante y sin imaginación y regresé a mi casa alicaído, como un sauce llorón.



CAPITULO II

Estando solitario se me iluminó la cabeza

SENTADO en mi cama me puse a pensar que todos me tomaban por un loco. Me subía a los árboles, hablaba con las farolas y en el trabajo me reía sin motivo y hacía pajaritas de papel. Me sentía muy solo. Como dice Hermann Hesse «yo era un lobo estepario perdido entre los demás, dentro de las ciudades, en medio de los rebaños». Pensé que no estaba loco. Era el resto de la gente la que vivía fuera de sus cabales, en un gran manicomio. Empecé a hojear en mi biblioteca los libros de aventuras que había leído cuando era pequeño y de repente una gran idea pasó por mi mente. Me iría de la ciudad y recorrería los bosques para aprender de la Naturaleza lo que la ciudad me negaba. Así que, con gran rapidez, cogí mi maleta y fui a la estación, donde tomé un furgón que me llevó hasta el Pirineo.



CAPITULO III

De mi jubilosa entrada en el padre bosque

LLEGUÉ a un pueblecito del Pirineo situado en una hondonada del valle. Tenía unas viejas casas hechas de piedra cuadrangular. Sus habitantes hablaban en aragonés, una lengua que pervive en los recónditos valles del Pirineo y que debe conservarse por ser una derivación del latín más pura que el castellano.

Un pastor que apacentaba sus ovejas en un verde prado me indicó el camino del bosque.

Dando las gracias a aquel buen hombre tomé una tortuosa senda que subía hacia la montaña. En el umbral de la selva se respiraba un aire puro que mis pulmones agradecían. El bosque estaba adornado de los más increíbles colores, formando el más bello cuadro que jamás vi. Allí estaban los siete colores de la pócima de los druidas astrólogos: violeta, aciano, trébol, cebada, uva, salvia y muérdago. Se escuchaba el mecer de las ramas por el viento, el murmullo del arroyuelo y el canto de los pájaros formando una sinfonía que dejome boquiabierto.

Me di cuenta de que en un lugar tan bello, de nada me servían los objetos que había traído de la ciudad. Así pues los fui abandonando por el camino y comencé a brincar saludando al bosque.



CAPITULO IV

Los gigantes de piedra

DESDE un promontorio observé las montañas que parecían llegar al cielo. Según la leyenda fue Hércules quien formó los Pirineos. Se cuenta que construyó un fantástico mausoleo para enterrar a Pyrene, hija del rey Tubal, una bella princesa que mató el infame Gerión, monstruo de tres cabezas, incendiando el bosque donde se escondía Pyrene al no obtener respuesta a sus anhelos amorosos.

Las gentes de los pueblos, al mirar las montañas como monstruos colosales situados entre el cielo y la tierra, imaginaban en ellas fantásticas historias. Contaban que en el Pic d'Anie, vivían genios y hadas, que habitaban en el palacio encantado de Maitagarritz, diosa del trueno y reina de las lamias. Veían a los genios del mal en el Pico de Aneto y los Montes Malditos, que bramaban cuando se avecinaba una desgracia.

Muchas montañas tenían un color rojizo debido a las rocas silíceas que teñían el río tras las grandes lluvias. Las montañas guardaban preciosos minerales, como el transparente cuarzo. Antiguamente en algunos ríos del Pirineo se cogía oro, y esto dio lugar a nombres tales como los de Peña Oroel, río Aurín y Aureolo (uno de los nombres más antiguos de Aragón).

Al mirar las montañas y las piedras me sentía del tamaño de una pulga ante las magníficas construcciones de la Naturaleza, y tenía grandes deseos de alcanzar todas las cimas para tocar las nubes y estar más cerca del cielo. Pero pronto tuve que poner los pies en el suelo, estaba solitario en medio de un bosque, sin comida ni abrigo para dormitar aquella noche.

CAPITULO V

Infortunios y calamidades que sobre mí se cernieron en la oscura noche

EL sol daba sus últimos guiños y comenzaba a soplar un viento frío. Unos negros nubarrones surcaban el horizonte, y yo estaba indefenso y desnudo bajo la negra cúpula de los árboles de la selva. La humedad de la noche calaba mis huesos. Cogí unos helechos de los que cubrían el sotobosque y me fabriqué un mal camastro en el que pudiera dar descanso a mis magullados huesos.



Oí en lontananza un quejido extraño. En principio me asusté, pues creí que lo profería un ser humano, mas luego supe que se trataba de un *búho real*, rapaz que los habitantes del Pirineo llaman «bagueso» o «cabrero» y que emite un canto que semeja un gemido lastimero. En el pueblo dicen que las noches que deja de cantar, se predice alguna desgracia. Mi corazón palpitaba con violencia, no podía conciliar el sueño. La luna alumbraba la corteza de los árboles de tal forma que parecían mirarme con cara de ogros malignos. Pasé la noche sin poder dormir, hambriento y temeroso, aterido de frío.